

á Colon, parece resucitar en el trono y ser trasmitida de España á Francia, como un legado piadoso de la más grande de las Reinas, á la más digna de las Emperatrices.

Hemos creído comprender que sería consolador para los admiradores de Colon entristecidos por las amargas tribulaciones que abrumaron sus últimos días, y por la ingratitud secular de ambos mundos, el saber que despues de ese largo olvido, quedaba en lo sucesivo recogido su recuerdo en la más preciosa memoria, en donde pudiera ambicionar un puesto el corazón de un Héroe.

Dicho esto, el agradecimiento hace inclinar nuestra pluma.

Y, al terminar este libro, tenemos á dicha el poder depositar, como una fresca corona de flores sobre la fama inmortal de Colon, el supremo voto de la Emperatriz Eugenia; confesamos que habíamos guardado orgullosamente este honor dentro de nosotros mismos, hasta la última página; encontrando en él al mismo tiempo la consagración de esta Biografía, una esperanza de clemente indulgencia para nuestro tosco estilo, y la aurora de un afortunado presagio para la rehabilitación del hombre sublime cuya historia acabamos de resumir.

REFUTACION DE LA SUPUESTA CAIDA

DE

CRISTÓBAL COLON.

CAPÍTULO PRIMERO.

DEBER QUE TIENE FRANCIA DE FAVORECER LA CAUSA DE CRISTÓBAL COLON. — OPOSICION SUSCITADA EN GÉNOVA, Á LA BEATIFICACION. — EL CANÓNIGO ANGEL SANGUINETI, DECANO DE LOS CALUMNIADORES DE CRISTÓBAL COLON, QUE ACTUALMENTE VIVEN. — RARA ASOCIACION DE UN CANÓNIGO CON LOS LIBRE-PENSADORES. — JUSTIFICACION DE LA HISTORIA DEL HÉROE GENOVES, ESCRITA POR ÓRDEN DE PIO IX. — VERDADERO MOTIVO DE LAS PREVENCIONES DEL CANÓNIGO CONTRA LA VIRTUD DE CRISTÓBAL COLON.

I.

«La verdad necesita de Francia.» Esta frase del ilustre José de Maistre, con que terminábamos una de nuestras obras escritas á favor de Colon, debe comenzar la justificación del mismo que emprendemos ahora; porque hoy también, para defender su causa, «la verdad necesita de Francia.»

Francia está sin duda llamada á ejercer una obra de reparación para con ese héroe. Por causa de ella vióse en otro tiempo Colon privado de la honra de legar su nombre al Continente que su fé descubrió. Y puesto que incumbe directamente á la Francia el deber de reparar esa iniquidad, por lo mismo ha sido ella la encargada de revelar al mundo las virtudes del hombre que lo completó. También ha

tomado la iniciativa respecto á la recompensa que debe solicitarse de la Santa Sede á favor del mismo. Francia, en su cualidad de Hija primogénita de la Iglesia, tiene indisputablemente el derecho de cooperar á la glorificación del cristiano que llevó el primero la fé allende los mares, y de promover su causa de una manera excepcional. América, España é Italia le ceden el paso en esta piadosa idea. Italia sobre todo se muestra indiferente á ella y casi sospechosa respecto á su fé en la religiosidad de Cristóbal Colon. Parece que no conoce bastante su grandeza católica. Los votos de los Obispos italianos fueron los más tímidos y ménos numerosos de cuantos lo manifestaron en las reuniones particulares de los Padres del Concilio del Vaticano en 1870.

En Italia fué donde á principios de este siglo, se formuló por primera vez una acusacion contra la castidad de Cristóbal Colon, y despues fué sostenida con tal temeridad por ciertos bibliógrafos italianos, que se ha propagado en toda la Península, y parece haberse arraigado en ella. Por otra parte, sabios que niegan lo sobrenatural, que no admiten la Providencia sino con infinitas precauciones, cuando no la desechan duramente, se obstinan en no ver más que un marino hábil y perseverante en el vencedor *del mar tenebroso*. Para hacer gala de erudicion y sagacidad, se esfuerzan en empequeñecer al grande hombre, le despojan de toda poesia y quieren que de todos modos haya pagado su tributo á la debilidad humana con una «union galante.»

Los múltiples errores acerca de Colon, autorizados por diversos académicos de Italia, se propagaron luégo por medio de erróneas ó falsas biografias; de donde se sigue que las simpatias que su nombre excita en todas partes son raras ó débiles en los países de lengua italiana. Esta vaga desconfianza ha aumentado todavia más, de poco acá. En este mismo instante se ha combinado con arte infernal un ataque en toda regla contra la fama de ese perfecto caballero cristiano. Hácense esfuerzos para destruir la historia de Cristóbal Colon escrita por orden de Pio IX; y se reproduce, acompañándola de circunstancias agravantes, la acusacion formulada contra su pureza. Nosotros estamos, pues, en el deber de tomar ahora mismo la pluma, para defender la una y probar la inocencia del otro. Nosotros vamos á decir cómo se formó esta calumnia, y en qué circunstancias se atreve á reaparecer más descarada que nunca. Tomando por jueces á nuestros compatriotas primero, y despues á todo verdadero católico, sin acepcion de nacionalidad, sobre todo sin exclusion de los italianos, vamos á someter á su apreciacion las inculpaciones tan temerariamente afirmadas como tercamente sostenidas contra la gloria del hombre que nos reveló la completa extension del Globo.

II.

Miéntas que á consecuencia del admirable estudio de una excelente Revista italiana acerca de las virtudes de Cristóbal Colon, casi toda la prensa de Italia tributaba homenaje á ese incomparable héroe, bajo el cielo de Génova se levantaba una verdadera borrasca. La metrópoli de la Liguria se agitaba en un sentimiento extraño, sentimiento tal vez, sin igual en su género. Una parte de los eruditos de la ciudad se levantaba contra su propia honra. La ciudad de los espléndidos templos se oponía á la glorificación de su hijo, del incomparable Cristóbal Colon. Una camarilla pedantesca y turbulenta no quiere que la Santa Sede le decrete el premio de sus fatigas evangélicas. ¡Cosa asombrosa! ¡en nombre de la religion cuyo primer apóstol fué allende los mares, en nombre de la historia que certifica sus virtudes heróicas, en el sagrado nombre de la verdad, la mentira y la preocupacion disputan á Colon la entrada en el santuario!

¿En qué época, en qué país se dió al mundo semejante espectáculo? ¿Cuándo se vió que un Diocesano dejase de proteger la causa de un siervo de Dios, só pretexto de velar por la honra de la Iglesia, anticipándose de esta manera al fallo del Papado? ¿Habriase creído jamas que pudiese existir en este mundo una ciudad bastante obcecada, una patria bastante ingrata para acusar de indignidad al hombre sublime á quien rodea ya de veneracion el sentimiento de los pueblos, y hacer que la calumnia precediera á la presentacion de su causa á la Santa Sede? Miéntas que por lo general se vé obligada la Sagrada Congregacion de Ritos á desconfiar de los arrebatos de la piedad, de las exageraciones del entusiasmo, del celo harto vivo de una ciudad ó de una comunidad que quisieran tener la honra de contar entre sus hijos un santo, aqui, al contrario, es un canónigo quien denuncia á Cristóbal, excita á sus difamadores y busca auxiliares para la escandalosa inculpacion que formula contra su pureza. ¡Esto parece increíble! ¿Se hallaria otro ejemplo de semejante aberracion en ninguna otra de las mil ciento cuarenta y seis diócesis de que se compone la Iglesia católica?

Esta oposicion que repentinamente acaba de desenmascarse, no es el movimiento irreflexivo de ciertas convicciones personales; sino que se preparaba á la sordina desde la suspension del Concilio del Vaticano, reclutando lentamente numerosos adeptos; pero ha estallado al fin cuando ha visto que toda la prensa católica formaba coro con la *Civiltà*, y que la opinion general reconocia la gran virtud de Cristóbal Colon. No queremos indagar los fautores de esa odiosa conspiracion, porque nos bastará citar su editor responsable. Por mucho que nos

repugne descender á cuestiones personales, venceremos por esta vez nuestra repugnancia porque no debemos tolerar que nos engañe un solo hipócrita, y que un odio ruin revista las apariencias de una solicitud piadosa á favor de los intereses religiosos. Vamos á reducir esa hostilidad á sus verdaderas proporciones. Por desgracia, la apoya la gran publicidad de un periódico católico, cuyo talento é intenciones no estaban destinados á semejante papel.

En 1846, un jóven sacerdote de Génova, llamado Ángel Sanguineti, resumió en un tomo pequeño la historia de Colon escrita por el protestante Washington Irving. Al compendio le dió el título de *Vida de Cristóbal Colon*. Era la primera biografía un poco extensa de ese héroe que se había publicado en Liguria. Sus condiscípulos, sus antiguos catedráticos le felicitaron calorosamente por ella: sus compatriotas le elogiaron exageradamente, y el jóven se creyó historiador.

Diez años despues, cuando se publicó la verdadera historia de Cristóbal Colon, irritado el jóven sacerdote del poco caso que hacíamos de su compendio de una obra de un protestante, escribió contra nosotros un tosco folleto, que en 1857 envió á toda Italia. El jóven sacerdote había asegurado en su compendio que el inmortal genoves tuvo en Córdoba una union ilícita con una pobre hija del pueblo, llamada Beatriz Enriquez, de la que nació su hijo Fernando. Para él, era evidente la caída del grande hombre, y resultaba de las mismas expresiones del testamento hecho la vispera de su muerte. La inquietud de su conciencia, decía él, le había arrancado aquella confesion en el momento del terrible trance.

Nuestra historia hacía constar: 1.º que Beatriz Enriquez pertenecía á la más antigua nobleza; 2.º que disfrutaba de una fortuna independiente; 3.º que era la mujer legítima de Colon; 4.º que no había habido inquietud de conciencia, ni testamento la vispera de su muerte.

Irritado el sacerdote Ángel Sanguineti al ver pulverizada su acusacion contra Cristóbal Colon, nos atacó violentamente por medio de la pluma de sus amigos en el *Cattolico* de Génova, en la *Rivista di Firenze*, en la que deploraba que un noble escritor italiano, el conde Tulio Dandolo, hubiese traducido nuestra obra. Pidió á la *Civiltà Cattolica* que censurara nuestra obra, y no habiéndolo podido lograr, estampó amargas quejas de la *Gazette de Génes*, el 30 de marzo de 1858. Ya se había quejado ántes dolorosamente en el *Apologista* de Turin, de que el ilustre Padre Ventura de Raulica hubiese dirigido al clero de Italia un manifiesto á favor nuestro. Escribió á Paris, Roma, Pisa y otras partes, procurando levantar la opinion contra nosotros; pero no nos dignamos hacer caso de sus injurias. Por espacio de doce años pudo ultrajarnos fácilmente; arrostráramos impasibles sus ataques. Pero habiendo leído en 1869 nuevas acusaciones contra nuestro héroe, irritados ya de esa rencorosa tenacidad, dirigimos al director del *Giornale degli Studiosi*, una carta llena de indignacion que le mantuvo callado por algun tiempo.

Con todo, aunque sin valerse de la imprenta, continuó su difamacion y no cesó de obrar cerca del clero. La ocasion le era propicia. Antiguo catedrático del gran Seminario con el presbítero Señor Magnasco; sucesor del sabio teólogo, Arzobispo de Génova, el ilustre Monseñor Andres Charvaz, siempre llorado por lo más escogido de la poblacion; tenía de antemano facilitadas sus relaciones entre los eclesiásticos, y se sirvió de ellos, convirtiéndolos en objeto de sus perseverantes esfuerzos el desacreditar la historia de Colon publicada por orden de Pio IX, sostener contra Colon la acusacion de una union ilegítima, suscitar dudas, sembrar desconfianzas en los ánimos, y, por medio de la propagacion de la calumnia, impedir que los Obispos italianos se adhirieran á la Postulacion redactada en Roma durante el Concilio.

Con la idea de asegurarse una publicidad útil á sus designios, y sobre todo al objeto de que desapareciera el *Giornale degli Studiosi*, que refutaba á los calumniadores de Colon, se asoció el sacerdote Ángel Sanguineti con dos ó tres canónigos y algunos académicos, entre los cuales había libres-pensadores, y contribuyó en gran manera á resucitar el *Giornale Ligústico*, fundado antiguamente por el primer detractor genoves de Colon, el Padre Juan Bautista Spotorno, periódico que murió de inaccion ántes de terminar el tercer año.

En abril de 1875, cuando, á propósito de la creacion del primer cardenal americano, S. Em. Mac-Closkey, arzobispo de New-York, hizo resaltar la *Unità Cattolica* las misteriosas relaciones que existian entre el Pontificado de Pio IX, los progresos del Catolicismo en América, y la resurreccion de la fama de Cristóbal Colon, tales como las indicaba otro libro nuestro, Ángel Sanguineti mojó su pluma en hiel. Su animosidad se desahogó directamente contra ese desdichado periódico, por haber elogiado nuestra obra. La rudeza del ataque igualó su violencia. Sostenía que no existía ninguna relacion entre el Papa Pio IX y la América; que era falso que el Papa hubiese ido nunca al Nuevo Continente, porque era sólo el sacerdote Mastai el que había ido allá; que la América no era la tierra del porvenir, sino del pasado y del presente. Negaba implícitamente la influencia del Pontificado de Pio IX en la fama de Cristóbal Colon, indignándose de que se dijera que hasta su reinado hubiese sido ese héroe desconocido y desfigurado, asegurando que esto era *una descarada é hiperbólica mentira*; afirmando que Cristóbal Colon no había sido restituido á la Iglesia, porque nadie le había hecho salir de ella, y, por consiguiente, nadie podía hacerle entrar otra vez en la misma, y que esa supuesta reivindicacion no podía existir sino en el cerebro de un loco.

Niega que en Paris y Berlin hubiera académicos que se rieran de la ignorancia de Cristóbal Colon, porque la Academia de Paris fué fundada por el cardenal Richelieu en 1635, y la de Berlin por Federico I en 1700!!! El autor de esa nueva diatriba ensalza la historia protestante de Washington Irving, cuyo compendiador